

Los cuatro de Monarca

Kjiara Valenzuela Salazar



Capítulo 1

Poco se imaginó Eloís que un "día de perros" terminaría con algo tan surreal como un auto lujoso, con banderines extraños en las ventanas, esperando fuera de su casa.

Pero vamos por el principio, un día normal en la vida de una jovencita llena de sueños que tenía una visión muy diferente del éxito...

Ella aspiraba ser una actriz de primera; sin embargo, como Latinoamericana, estaba acostumbrada a que todos creyeran que moriría de hambre. No obstante, a pesar de la negatividad de su ambiente, se empeñaba en conseguirlo.

Tal sueño lo tuvo desde que era una niña, sus padres la apoyaron en ese entonces; pero, a medida que fue creciendo, ellos vieron conveniente dejar de motivar sueños absurdos e insistieron en que "pensara a futuro". Desde ese entonces, ella tuvo que buscar la motivación dentro de sí misma.

Eloís tenía un punto de vista optimista, además de un carácter tozudo y audaz; esto le sirvió de mucho cuando llegó a una etapa crítica: la joven debía elegir una carrera.

A pesar de la insistencia de sus padres, no tomó la prueba de admisión a la universidad tan pronto como dejó la secundaria (a los diecisiete años): fingió estar indecisa con respecto a elegir una carrera profesional; aunque la realidad era que estaba "ganando tiempo".

Existían algunas universidades que dictaban la carrera de teatro; sin embargo, aquella a la que Eloís le había puesto el ojo, no aceptaba alumnos menores de dieciocho años.

Casi siete meses después de su cumpleaños, se abrieron las inscripciones y ella estaba dispuesta a intentar.

Insistió tanto, que llegó a un acuerdo con sus padres: ellos no se opondrían a que ella diera la prueba; sin embargo, si no lo conseguía, debía resignarse y buscar una carrera.

Estaba aterrada, pero era la única forma en la que conseguiría que sus padres la ayudarán (y la verdad era que los necesitaba, pues, a pesar de tener un trabajo de medio tiempo, no podía pagar el total de las mensualidades).

Siempre tratando de adornar su perspectiva de la vida, Eloís habría descrito aquel comienzo como una bellísima y romántica mañana en la que saldría a navegar océanos desconocidos.

La estridente melodía del transporte público transitando por calles la despertaron. Tras no poder volver a dormir, bajó al comedor; donde aguardaban sus "amorosos" padres. El desayuno era acompañado por el noticiero matutino, el cual mostraba una decadente situación política.

—Te quedaste dormida hoy —le dijo su madre, dando un sorbo a su café—. Tu padre dijo: "Vas a ver como se rinde al segundo día". Yo creí que tu idea de madrugar duraría al menos una semana.

—Yo dije tres días con suerte —corrigió su padre, desviando la vista del periódico por un instante.

—Sí, ya... Búrlense si quieren... Pero, los reto a tratar de dormir con la bulla que hace el perro del vecino... Además, hoy es domingo: ni

necesitaba levantarme temprano.

—Lunes —la corrigió su padre, alzando una ceja y conteniendo una sonrisa pendenciera.

—No es lunes —afirmó Eloís mientras se ahogaba en un bostezo—. De ser lunes, yo debería estar rumbo a mi...

—"¡Diez y media de la mañana, hoy lunes veinte de marzo, empezamos con energía!" —cantó la conductora del programa.

—¡¡La audición!! —Eloís tosió con fuerza, se había atorado de la impresión.

Sin perder el tiempo, la muchacha tomó su mochila, una manzana y salió volando de su casa.

—¡Que tengas un buen día! ¡Suerte! —gritó su madre mientras reía por lo bajo.

—¡Pero, si no sale, recuerda que estudiar Medicina no es mala opción! —sugirió su padre, insistiendo con su desaprobación.

Eloís corrió rumbo al paradero más cercano, las pruebas habían comenzado hacía ya media hora. Por suerte era la postulante número doce, aún tenía tiempo.

—¡Heey! ¡Alto! —gritó mientras agitaba frenéticamente las manos,

intentando llamar la atención del conductor; pero fue en vano.

Llamó a su novio, esperanzada de que este pudiera ayudarla.

—¿Qué parte de "no" es la que no entiendes? Linda, tengo asuntos importantes que atender. Ya encontrarás alguna manera de llegar...
—contestó Mateo, sin siquiera darle tiempo de insistir. Estaba claro que no vendría.

«No sé ni porque lo intenté», pensó. En los últimos años, Mateo había hecho de todo menos apoyarla.

Estaba pasmada, furiosa, sudorosa; pero aún no se había rendido. Miró alrededor y dio con una mecánica que alquilaba bicicletas.

«Es así o no llego», se dijo a sí misma.

Minutos después, la jovencita se encontraba pedaleando como nunca. Su aliento tenía un horrible sabor a sangre, se había tragado tres moscas en el camino, el calor era intolerable... Sin duda, Eloís no había tenido viaje más horrible en toda su vida.

Sudorosa y roja como un tomate, llegó a su destino. Estacionó el vehículo como pudo y corrió a su salón. Llegando minutos antes de su presentación.

Metió las manos a los bolsillos, buscando la memoria USB en la que traía la pista de audio que usaría en el casting.

—¡No está! —exclamó, mientras un sudor helado recorría su espalda. Su ansiedad se disparó y el piso comenzó a temblarle. ¿Qué haría ahora?

Salió del salón corriendo y fue hasta el estacionamiento con la esperanza de hallar el USB. Busco en cada rincón e incluso se puso a gatear por el lugar.

Tras unos minutos de búsqueda, dio con el pequeño objeto que yacía al pie de un tacho de basura.

Sus ojos resplandecientes hacían pensar que acababa de ganar la lotería. Levantó el objeto, lo besó y sin demora, giró veloz para llegar al salón lo antes posible.

En serio debió haber demorado un poco. Pudo atar sus agujetas o encontrar una moneda; así tal vez hubiera evitado chocar estrepitosamente con el señor de limpieza.

El choque fue tal que hizo volar el pequeño aparato por los aires haciéndolo caer en un buzón de aguas residuales.

La cara desenfocada de Eloís lo decía todo, sus mejillas se enrojecieron y su gesto cambió, parecía una granada a punto de detonar.

—¿Es una broma?! —gritó; aun así, no libero todo el enojo que traía encima. Arrugó la nariz y empezó a patear cuanto se le ponía en frente. Gritó todo tipo de groserías hasta que su rabieta terminó en impotencia.

Resignada, se sentó en las escaleras y como si le tuviera a alguien en frente suyo, exclamó:

—¿Por qué hoy?! ¡Si tanto me odias, porque mejor no haces que me pase un auto por encima! Así terminamos de una vez... —charló con el destino.

Sí, lo sé, el drama se le salía por los poros...; pero, a decir verdad, todo parecía una mala broma de televisión. Solo faltaba que, de entre los arbustos, saliera un hombre con micrófono y gritara: ¡caíste!

Eloís no podía entenderlo; pero tal vez era la forma en la que el mundo le decía: "lo siento, pero te aguardan otros retos".

Se levantó de mala gana, frustrada y asqueada hasta la médula. Lo único que le quedaba por hacer era: regresar a casa a gritar en la almohada.

Segundos antes de irse, un pensamiento de esperanza cruzó por su cabeza al ver que el reloj indicaba que aún estaba a tiempo.

«¿Y si improviso?», pensó.

No era lo más sensato en estos casos; pero al menos era una solución. Con su esperanza restaurada, se dispuso a rendir la prueba a pesar de todo.

Se giró de golpe, sin advertir la aparición de dos personas que estaban haciendo bajar un gigantesco escritorio. Para completar sus desdichas, el mueble le dio en la cabeza dejándola aturdida.

□

La joven desafortunada despertó en la enfermería de la universidad, a lado de una señora muy poco carismática.

—Te diste un duro golpe... —dijo con seriedad, mientras le alcanzaba una pastilla y acomodaba los trapos en su frente.

—D-dónde estoy —preguntó Eloís, llevándose las manos a la cabeza por el dolor.

—En la enfermería —respondió de mal humor la enfermera, quien no parecía estar ahí porque quisiera.

La joven tardó un poco en recordar lo ocurrido; cuando lo hizo, preguntó inmediatamente por la hora. Eran las tres de la tarde.

La muchacha parecía estar por caer en la locura; rompió en una mezcla de risas y llanto que parecían las de un payaso asesino.

La enfermera puso cara de "no me pagan lo suficiente" y, tras unas cortas revisiones, decidió enviar a Eloís a casa.

Sin embargo, el ente imaginario al que le había reclamado por sus desgracias aún no había terminado de jugar con ella y le tenía unas últimas sorpresas.

Cuando llegó a su casa, Eloís vio, frente a la puerta principal, un auto lujoso de color negro. Las lunas del vehículo estaban polarizadas, tenía banderas en la parte delantera y la placa de rodaje no era parecida a

ninguna otra que hubiera visto antes.

Entró corriendo, pensaba que algo malo había ocurrido. Tomó un palo que encontró en el camino y subió dispuesta a todo.

—¡Atrás o no respondo! —gritó a viva voz.

Sin embargo, se vio obligada a bajar el "arma" cuando vio a sus padres charlar amablemente con los hombres dueños del vehículo. Estos usaban gafas oscuras e iban vestidos con trajes negros e impecables.

—¿Ahora qué rayos ocurre?! —exclamó, más confundida que nunca.